

X Prof. CESAR AUGUSTO TAMAYO M.

X APUNTACIONES DE ESTETICA UNIVERSAL

Introducción.—Con el término "estética", se ha designado, ya sea la belleza existente en las cosas de la naturaleza, ya también la facultad sensible y espiritual que se impresiona en presencia del objeto bello. En el primer caso, no sólo lo han admitido los antiguos, sino aun los modernos, y hasta ahora decimos, cuando miramos corrección de formas en alguna cosa, tal cosa es bella; es la razón para que el término "estético" considérese como sinónimo de bello. En el segundo caso, sirvió para determinar la sensibilidad del artista, con la cual intuye esa nota oculta, latente, en el objeto bello, situándole en el terreno emocional. Por ser que corresponde a una de las facultades del alma se ha querido tomarle como parte de los estudios psicológicos, porque el artista en presencia del objeto bello, pónese en el caso de ser observado de cómo reacciona su naturaleza anímica.

Para evitar errores, la estética no puede considerarse unilateralmente, esto es, en su razón objetiva o en la subjetiva; la exactitud corresponde a la relación habida entre la sensibilidad del artista y la belleza del objeto, formando la unidad de expresión. Lo que llamamos, entonces, emoción estética, es el resultado de todo ese proceso relacionante, en el cual se funden en una sola cosa los elementos subjetivo-objetivo de la belleza. Por tal motivo, cuando el hombre realiza una obra de arte, no efectúa positivamente una creación, presenta únicamente al mundo la parte de belleza que su sensibilidad puede descubrir en la hermosura del objeto, según éste se manifiesta a la naturaleza artística del sujeto. En consecuencia, la nota calológica objetiva, tampoco modifícase o deja de existir, porque el que ejecuta la obra bella la aprecia en tal o cual forma o no alcanza a descubrirla; pues, su realidad permanece indepen-

diente del sujeto. Lo formal de la belleza existe adecuadamente en la capacidad espiritual sensible, como la verdad es la adecuación del entendimiento con la realidad objetiva.

Indefinición de la belleza.—A la belleza no se la entiende, se la siente; por ello es difícil y casi diríamos, imposible su explicación. Nos ponemos en el plano de incapacidad para penetrar en su naturaleza y definirla, lo comprueba el hecho de que nadie, ni artistas ni filósofos han podido dar su razón esencial. Alguien, como una definición más aproximada, nos dirá que la belleza es: "Esplendor de la verdad", "splendor veri". Será acertada tal apreciación de la belleza? En algo podemos decir que tiene fuerza, en cuanto hay belleza en donde existe verdad resplandeciente, es decir, la verdad sugestiva, emocionante; pero obras han habido de pura ficción que son tenidas como verdaderamente bellas y, sin embargo, no son el "esplendor de la verdad". Luego, qué es? Algo incógnito, misterioso, cuya impenetrabilidad nos admira y nos mueve tras de sí sin que podamos alcanzarla; nuestros vuelos y arrebatos espirituales rastrean las altas mansiones de la belleza. Al sol no lo miramos íntimamente, su reverberación ofusca al ojo que le contempla, pero la sentimos en su plenitud; así a la belleza, nuestros ojos espirituales jamás pueden mirarle sin que se obnubilen, mas sentímosla en nuestras intimidades sensibles. El sabio o el ignorante, aunque no la conocen, ambos, siéntense bañados por su divinos efluvios y sin comprender esa cualidad atributiva de las cosas, se maravillan, se dejan emotivar por místicos murmullos de las fuentes, por canoras melodías de las aves, por encendidos y policromados atardeceres, por matizadas campiñas, por la magnitud y rebramar de los océanos, etc., como el tierno niño que sin saber lo que es la madre, se alegra y sonríe en su dulce y amable presencia. Porque la belleza no sólo es verdad, no puede ser objeto exclusivo del entendimiento. Es algo más extenso. Pues evade, en cierto modo, el pleno dominio de nuestro conocimiento. Formará parte de las consideraciones metafísicas y especulativas y aun se la dará en sus principios el carácter científico (alguna explicación debemos tener), pero siempre aparecerá como objeto de la sensibilidad estética, porque ésta, con una especie de intuición, la sorprende en los suaves y delicados repliegues de las cosas

sugestivas. Han pasado siglos desde que Aristóteles y Platón quisieran definirla; es mucho lo que se ha dicho desde los grandes maestros del arte griego y latino hasta nuestros días, en los cuales hemos escuchado doctrinas aún descabelladas, empero ninguna de esas clarísimas inteligencias, ninguna de esas exquisitas sensibilidades, han llegado a establecer la verdadera norma que defina lo que es la belleza; han tocado su periferia y se han asustado de pasar más allá o impotentes, se han contentado en presentarnos alguna de sus fases, es que la belleza envuelve el carácter de divinidad, por eso Venus será una diosa y Apolo un dios: la una, siendo la encarnación de la belleza y el otro, el divino inspirador que habla al oído del amante de las musas; mas el artista, se dejará arrebatado por ella, prorrumpirá en dulcísimos cantos, en expresivas pinceladas y en maestros toques del cincel, plasmando la belleza en sus inmortales obras sin comprender al genio benéfico que los anima.

Belleza, verdad y bondad.—Los atributos de belleza, verdad y bondad, que presentan las cosas de la naturaleza, son diferentes por razón del sujeto; pues, la belleza es objeto de la sensibilidad; la verdad, de la inteligencia, y la bondad es exclusivo objeto de la voluntad. Las dos últimas están íntimamente ligadas a la belleza; son dos notas que concurren a cerrar el triángulo maravilloso de lo bello; figura espectacular calológica que fascina y conmueve lo más sensible del espíritu humano. Son el trípode grandioso sobre el cual se manifiestan a la luz del mundo las obras monumentales artísticas que admiran por todos los siglos. No sabemos cómo dentro de tan espaciosa figura trigónica no se oculta algún dios. Sólo hay númenes que, seguramente, representan los claros destellos de la luz; invitemos a habitar esa misteriosa mansión geométrica a las otras divinidades del Olimpo artístico para que completen las excelsitudes que les ha menester, y vengan, entonces, las Gracias, derrochando con sutilísimas manos la bondad que engolfa nuestro sensible corazón; no dejen tampoco de asistir ahí Cupidos y Venus, cuyas bellezas nos son tiernamente amables; reunidas únicamente las deidades más sugestivas en la forma calológica, hallaremos un concepto aproximado de la belleza; nos moveremos impulsados por la corriente emocional sin salvar su valla triangular, sorprendiendo clásica-

mente nuevas formas estéticas, sin apartarnos de lo que eternamente entraña el arte: verdad, bondad y belleza.

Demos alguna explicación de lo que es la verdad y la bondad en las creaciones artísticas.

Verdad.—En primer lugar expresamos que la verdad querida para la realización de la belleza, no es la verdad fría, matemática. El asunto de la obra artística no es indispensable tenga una existencia verdadera, puede esperarse que sea únicamente posible y entre al terreno de la verosimilitud; ésta bastará para componer obras bellas; mas la verdad en tal caso será "resplandeciente", sugestiva, de otra manera nos privaremos de que sea el "splendor veri" sostenido por Platón. La belleza está lejos de ser una nota peregrina en el amplio escenario del universo, es eterna, porque envuelve el carácter de atributo en las cosas que la poseen y es real y verdadera como ellas mismas. Por otra parte, los vuelos de la fantasía encaminan a sorprender bellezas en el plano de la ficción; entonces, si bien no existe lo que nos presenta el artista en su hermosa creación, el asunto desarrollado se le tiene como posible. La no repugnancia de su existencia engendra la relación de la verdad con la belleza; los asuntos así considerados, por más que sean hijos de una imaginación delirante, hallan cabida en el mundo artístico, por tanto, de la belleza. Consecuentemente, la verosimilitud será la verdad posible, esto es, la verdad en potencia que pasará al valor de acto, cuando el mago del arte la plasme en su obra bella. En esta específica verdad se convierten, en cierto modo, aquellas verdades sugestivas que se las presenta, porque si bien, supongamos, que el poeta canta las maravillas de la naturaleza, la realidad de ésta la realza idealizándola, es decir, poniendo aquella nota divina que le hace verdad resplandeciente. Es el motivo para que un individuo que nunca se impresionó con la contemplación de una rosa ni con el canto de un ruiseñor, muéstrese emocionado al leer la delicada y pintoresca descripción de "El Ruiseñor y la Rosa" de Oscar Wilde. En todas las obras de arte se advierte el lado misterioso, el cual no surgió de la realidad de la cosa misma, sino de los encantos que asociole el artista y descubrió sólo en sus energías de eterno soñador. Platón tuvo fundamento para decir que la belleza es verdad resplandeciente, porque las verdades que nos pone en su posesión el entendimiento, son frías, es-

cuetas, desnudas de los adornos y primores que comunica la sensibilidad del artista a las obras bellas. Por esto diríamos que la sensibilidad espiritual es una facultad intermedia entre el entendimiento y la voluntad, pues en presencia del objeto bello, aquél penetra su naturaleza y ésta se conmueve excitando a la imaginación para que revista de formas sutiles, de vivos colores y encantadoras armonías, en fin, de todos los caracteres que una ardiente fantasía puede comunicar.

También nos es forzoso afirmar que no todas las verdades se hallan en aptitud de recibir esa cualidad de "resplandeciente". Toman únicamente las que se relacionan con la amabilidad o que pueden hacerse amables; mas las que se encuentran distantes de la bondad están vedadas de ser la verdad sugestiva, no pueden ser motivo de inspiración de los artistas ni poseen la virtud de emotivar a quien las contempla. La descripción real de los vicios, tal cual ellos son, con todas sus repugnancias; cuadro o escultura que recuerde una escena inmoral, aunque ahí se advierta la verdad, sin embargo, la razón se resiste a llamarles obras bellas. Es porque están despojadas del matiz de "resplandecientes"; las tinieblas en donde se incuban los denigrantes vicios las ensombrecen feamente y a nadie se le va a ocurrir llamar resplandeciente a lo obscuro y tenebroso. Estas realidades por más que el arte quiera darles formas bellas, no dejan de inspirar la fealdad que entrañan, reprobando el abominable principio de "El arte por el arte". Las obras de Emilio Zola, las de Vargas Vila; la novelística de nuestros tiempos, en su mayor parte; el pincel obsceno que se degrada en impúdicas desnudeces, como el cincel que pone al vivo escenas indecorosas, aclamadas por un grupo reducido de espíritus estragados, son tenidas esas obras por el criterio universal como feas por no advertirse en ellas la "verdad resplandeciente" de Platón.

Bondad.—Luego de exponer someramente la doctrina sobre la verdad que se refiere a la belleza, venimos a las consideraciones de la bondad. Indiscutiblemente este atributo es más necesario que el anterior al tratarse de determinar la belleza en las cosas del universo y en las ideadas. Nadie puede negar que el objeto bello, de cualquier género que él sea, atrae nuestras miradas y arrastra la voluntad a su dulce contemplación; el hecho verificase por el distintivo

que resplandece en su naturaleza que le hace eternamente amable. Quitad la amabilidad del objeto y jamás la atención se deleitará en él ni encontraremos el lado sugestivo que nos admira grandemente. Aunque tal atributo de la belleza es ponderante está lejos de constituir por sí solo lo esencial y hallarnos autorizados con Santo Tomás para decir que bello es: "Lo que visto causa placer", "Quod visum placet". La apreciación anotada presenta una de las distintivas de la belleza objetiva, es una parte de la definición y no es lógico aquí definir el todo por la parte, la definición debe ser completa, es decir, determinando su diferencia específica que la distingue de ser exclusivo objeto del entendimiento o de la voluntad, siendo a la vez objeto de ambas facultades, en el caso de que la belleza es objeto de la sensibilidad, como explicamos anteriormente. Aquí cae bien transcribir lo que la Enciclopedia Espasa dice al respecto: "Conviene estudiar la noción abstracta y trascendental de la belleza; de aquellas íntimas cualidades del ser que constituye el objeto bello. Sin este apoyo toda ciencia recae en el empirismo y queda a merced de la impresión mudable, de lo arbitrario. Sin esto no puede situarse la belleza al lado de la verdad y de la bondad; es el resultado metafísico". Pero la bondad es la nota que más le distingue y que le hace al objeto bello más amable, en cuya fuerza se han apoyado para llamar erradamente bello a todo lo que despierta en nuestra sensibilidad placer por más que el objeto sea innoble; el placer motivado por la presencia del objeto bello proviene necesariamente de su bondad, que se halla a tono con el goce sin remordimientos ni decepciones, bien espiritual que plenamente descansa en el deleite más puro y delicado del alma, por cuya razón la belleza de la naturaleza, sea la esplendidez de frescas flores, sean sugestivas policromías de arrebolados horizontes o los castos ensueños trasladados al lienzo, al granito, al poema, timoratos de encender el rubor en el semblante de la niña más delicada, son los ejemplares acabados del arte, porque son el prototipo de la bondad encarnada en la belleza que hablará del placer espiritual a la universalidad de los hombres en todos los tiempos y que aun los materialistas del placer, si bien no están de acuerdo con tanta bondad, no se atreven a tachar a aquellas obras de feas y deformes, salvo el caso de que adolezcan de aberraciones agudas, como explicaremos más adelante.

Ahora es indispensable averiguar de dónde se origina la

bondad que irradian las cosas bellas. Algunos quieren encontrar en el conjunto armonioso de formas o mejor dicho, en la perfección. Una cosa puede ser perfecta dentro de su orden, empero estar desprovista de esa cualidad que le hace amable. Pongamos un ejemplo. Es admirable dentro de su corrección anatómica, el sapo, y ninguno de nosotros exclamamos cuando lo miramos, qué bello!... por el contrario, la generalidad lanzará el siguiente reproche: qué horrible, qué feo!... En consecuencia, la bondad de las cosas no depende exclusivamente de la armonía de formas, sino del equilibrio trascendental establecido entre el conjunto de formas correctas de una cosa y el efecto agradable que produce, independiente de nuestros juicios y de nuestras determinaciones. Si esa armonía de formas da como resultado el placer, advertimos en las cosas el atributo de bondad que encamina a su contemplación. Por tanto, el conjunto armonioso que agrada, es bello, y el conjunto armonioso, por perfecto que lo sea, dirigido a impresionar mal, no es bello, es feo. Expliquemos más. El conjunto de formas que produce sensación agradable originase de la excelencia del ser, en el cual todas las buenas cualidades resplandecen en su plenitud y al sujeto le satisfacen en sus anhelos del bien espiritual. Por donde vemos que la excelencia objetiva identifícase con la bondad o con aquella cualidad de las cosas que les hace amables y por ende, bellas. En virtud de la misma excelencia existe bondad en las cosas que presentan desorden de formas y de coordinación armónica; pues en un tierno niño sus movimientos son imperfectos, el bosquejo de sonrisa que dibujan sus endebles labiecitos, sus balbuceos insignificantes nos agradan y complacen tanto que quisiéramos que ese capullito de carne no pierda jamás sus encantos. Lo sublime, nada menos que la belleza trascendental, tampoco ofrece un conjunto armonioso de formas y, sin embargo, debe ser la bondad máxima para que nos admire hasta el estupor y nos lleve a su contemplación en modo ponderante. Así un mar agitado por temible borrasca, sus olas embrabecidas se elevan en trombas caprichosas y violentas hasta el cielo, crugen los furiosos ventarrones arremolinando la inmensidad de las aguas, revienta aterrador el flamígero rayo, pero en tanta confusión de los elementos airados para quien contempla el espectacular fenómeno desde lugar seguro, es la admiración más suprema, en donde advierte la grandiosidad de fuerzas naturales, siente, en

una palabra, los arrebatos de la belleza trascendental. En los dos ejemplos propuestos hay la excelencia y plenitud objetiva que, descartándose de la perfecta armonía, imprimen en las cosas el sello de la bondad, haciéndonos grandemente amables.

Como la "verdad resplandeciente" y la "bondad" caracterizan al objeto bello, cae éste en el terreno de la sensibilidad, se conforma con nuestra naturaleza afectiva, más claro, con la condición masculina o femenina de quien lo admira.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL